

## UN CONTAGIO EN LA ENSEÑANZA RELIGIOSA Y SU ANTIDOTO

El día 31 del mes de mayo próximo pasado, S. S. Pío XII recibió en audiencia especial a cuarenta Exmos. Cardenales y 350 Arzobispos y Obispos, muchos de los cuales habían acudido a Roma para asistir a la canonización del Beato Pío X que había tenido lugar dos días antes. Ante tan numerosa y egregia concurrencia, el Papa abordó un tema de importancia capital, cual es el de la enseñanza religiosa. Tres puntos principales del pensamiento pontificio reclaman especial atención: los males y peligros de la enseñanza actual; sus remedios; una advertencia final.

Los males de que adolece la enseñanza religiosa contemporánea tienen raíces hondas y causas muy remotas. Limitándonos a señalar sus causas próximas y su misma aparición, se nos ofrece ante todo un hecho indiscutible. Una de las características más acusadas de los últimos años es la atracción que ejerce y la preocupación que ha logrado despertar el tema religioso. Dicha preocupación ha invadido ampliamente el pensamiento humano, se deja sentir especialmente en los pensadores católicos y, dentro de éstos, ha prendido sorprendentemente en los seculares. El interés religioso aflora persistentemente en las más variadas manifestaciones del pensamiento contemporáneo: novela, teatro, cine, publicaciones periódicas, tratados extensos... "Dios a la vista", se ha dicho y repetido; y en efecto a la vista está en todos los horizontes.

¿Qué vientos orientan e impulsan los espíritus hacia los problemas religiosos? La fuerza impulsora básica radica en la misma naturaleza humana; es la que expresó genialmente San Agustín en aquel vehemente coloquio con Dios: "Nos hiciste, Señor, para Tí, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Tí". Pero esta tendencia es permanente, y en nuestro caso actúan indudablemente estímulos circunstanciales. Entre éstos se suele conceder el primer lugar a la vaciedad, inseguridad y desorientación que atosigan el ambiente de la postguerra. Las almas nobles, agonizantes de asfixia, bracean y se agitan en busca de una atmósfera más humana

Reuniones prolongadas durante horas enteras han tenido lugar en muchas ocasiones, tanto en el plano nacional como en las diócesis con cada Obispo. La Jerarquía dió en diversas circunstancias las advertencias necesarias para evitar desviaciones que corrían el riesgo de comprometer el experimento. Las inquietudes se fueron concretando cada vez más en torno a ciertos sacerdotes; en noviembre de 1951 se redactó por la Jerarquía un directorio destinado a los sacerdotes obreros con el fin de recordar los puntos fundamentales de su vida sacerdotal (misa, breviario; ausencia de responsabilidades temporales en las organiza-

ciones obreras). Ella quería dar a los obreros, no militantes de acción sindical o política, sino sacerdotes plena y únicamente sacerdotes.

La Asamblea de Cardenales y Arzobispos condena la campaña mentirosa de cierta prensa. Pide a todos los católicos que acudan a su Iglesia, que se estrechen más que nunca junto a ella en la acción misionera que quiere proseguir para la evangelización de los pobres, que ellos mismos se mantengan y se muestren como verdaderos hijos de la Iglesia, libres y valientes en su fe, clarividentes y lúcidos frente a los ataques que hacen sufrir a su Madre...

y saludable, más pura, serena y confortadora. El espíritu humano echa de menos elementos vitales necesarios, y los busca donde realmente se encuentran: en la religión.

En el campo católico la solicitud religiosa del laicado responde además a otros estímulos peculiares entre los cuales se destaca el llamamiento incansablemente reiterado por los últimos Papas y por toda la Jerarquía católica, en perfecta armonía con los supremos Jerarcas de la Iglesia.

Uno de los frutos y manifestaciones de esta movilización religiosa de los seculares es el ansia que se nota en muchos de ellos por el estudio atento de la religión en todos sus aspectos. Afán laudabilísimo en sí; pero no exento de peligros. Como es laudable, aunque implica peligros, el afán de los niños por aprender a andar y el de los reclutas de aviación por aprender a volar. Todo movimiento mal dirigido es peligroso. Muchos seculares, sedientos de verdad, de autenticidad y de sabiduría religiosa; profundamente disgustados por otra parte con la situación religiosa del mundo actual, se han sentido caballeros andantes, han empuñado la pluma y se han lanzado por los campos de la problemática religiosa, a deshacer entuertos. Algunos intervinieron acertadamente en la lucha contra el error y la ignorancia. Otros, menos afortunados, por haberse arriesgado a empresas superiores a sus fuerzas, lejos de remediar los males existentes como era su deseo, los han agravado o han introducido otros nuevos. Se olvidaron de que la teología es una verdadera ciencia que tiene, como tal, sus exigencias. No basta la simple fe cristiana y la buena voluntad para terciar en ella provechosamente. El que pretenda adentrarse por los términos de la teología sin perderse, ha de comenzar por estudiarla y conocer lo que ya está perfectamente estudiado y comprobado por el trabajo concienzudo y plurisecular de muchos doctores que han merecido los aplausos de la Iglesia.

Las consecuencias desastrosas se han dejado sentir frecuentemente en los últimos años. Cualquiera católico medianamente atento a la vida de la Iglesia podrá recordar algunos autores y hechos concretos. El Papa los compendia en su alocución. "Parece que existen síntomas y consecuencias de un contagio espiritual que exige la intervención

del ministerio pastoral para que no tome fuerza y se propague, sino que reciba el remedio oportuno y sea cuanto antes desarraigado". Los síntomas aludidos son concretamente:

la independencia de criterio respecto del magisterio vivo de la Iglesia;

la desatención y subestimación práctica de la doctrina comúnmente recibida y propuesta por dicho magisterio;

la confianza excesiva en el propio ingenio, en la mentalidad moderna y en los postulados de la ciencia profana;

el prurito de novedades.

"Porque hay desgraciadamente —afirma el Papa— quienes pretenden enseñar sin mucho preocuparse de estar unidos con el magisterio viviente de la Iglesia, y sin prestar mucha atención a la doctrina común propuesta claramente de uno u otro modo por este magisterio, y al mismo tiempo atienden más al propio ingenio, a la mentalidad moderna y a los postulados de otras ciencias que creen y afirman ser las únicas que poseen carácter de verdadero método científico". "El que se deja guiar de semejante espíritu (modernista) —escribía ya Benedicto XV— rechaza con fastidio cuanto tenga sabor de antigüedad, y ávidamente y por todas partes busca novedades, ya en la manera de hablar de las cosas divinas, ya en la celebración del culto divino, ya en las instituciones católicas, ya en el mismo ejercicio privado de la piedad".

En algunas partes el mal logró avanzar en forma más decidida y alarmante: "Recientemente ha comenzado a pulular acá y allá una que llaman teología laica, y ha surgido una categoría especial de teólogos laicos, que se proclaman independientes. De esta teología existen ya prelecciones, textos impresos, círculos, cátedras, profesores... Distinguen éstos su magisterio del magisterio público de la Iglesia y, en cierto modo lo oponen a él. Para cohonestar su modo de proceder apelan a veces a los carismas de enseñar e interpretar, de que se habla repetidas veces en el Nuevo Testamento, especialmente en las epístolas de San Pablo; apelan a la Historia..." "Nadie ignora cuán gran peligro de perturbación y error se encierra en esa teología laica; peligro también de que se pongan a los demás, personas del todo ineptas y aun falaces y dolosas, que San Pablo describe así: Vendrá tiempo cuando... a

medida de sus concupiscencias, tomarán para sí maestros, por el prurito de oír, y cerrarán sus oídos a la verdad y los aplicarán a las fábulas (2 Tim. 4. 3s)".

Como se ve, la actitud de tales maestros tiene aires, pestilenciales por cierto, de Modernismo, de Racionalismo, de Naturalismo y de Protestantismo; sistemas todos radicalmente opuestos al Catolicismo. La negación de la autoridad eclesiástica doctrinal y la confianza en el criterio individual, bajo la pretendida inspiración interior del Espíritu Santo, son postulados, infundados ciertamente, pero fundamentales del Protestantismo. El Racionalismo y Naturalismo, desconociendo toda realidad sobrenatural, negando en consecuencia la revelación y la autoridad del magisterio eclesiástico, constituye a la razón humana en fuente única y juez inapelable de toda verdad. El Modernismo pretende encontrar el origen de la religión en los escondrijos de la subconsciencia, donde se oculta, —dicen— el hambre de lo divino, de donde prorrumpen en circunstancias favorables el sentimiento religioso. El sentimiento o emoción religiosa sería la célula germinal de la religión; ésta sería verdadera en su formulación doctrinal y en sus prácticas según su correspondencia o armonía con el sentimiento. Sería pues este sentimiento individual (relativo y cambiante él mismo por lo demás), el único criterio de la verdad religiosa.

Debemos puntualizar aquí, para ahorrar al lector un posible exceso de alarma, que acabamos de indicar los términos extremos hacia los que apuntan en su desorientación los autores censurados; no afirmamos de ninguno de ellos en manera alguna que se encuentren plenamente en el campo protestante, racionalista o modernista. Además sus aberraciones son fruto inconsciente de la impreparación y de la irreflexión, no resultado premeditado de la mala voluntad. En fin, no se trata ni mucho menos de un contagio general sino de salpicaduras diversas que aparecen acá y allá en algunos miembros de la Iglesia; algunas son realmente síntomas malignos, otras parecen ser manifestaciones transitorias de un inocente sarampión.

## II

En todo caso la Iglesia, sapientísimamente fundada por Jesucristo, en su propio organismo, en su propia constitución, encuentra el antídoto eficaz. Bas-

tará para conjurar el peligro que cada uno de los católicos se mantenga en su puesto cumpliendo los deberes correspondientes. Bastará que los miembros de la Jerarquía mantengan la conveniente solicitud y vigilancia pastoral sobre sus súbditos, atentos especialmente a las actividades docentes de los mismos; y que por su parte los súbditos —sacerdotes o simples fieles— vivan atentos a la voz del magisterio eclesiástico auténtico y acaten dócilmente sus decisiones. Este es el orden establecido por Jesucristo, fuera del cual no hay manera de ser verdadera e integralmente cristianos.

"Cristo Nuestro Señor —nos recuerda el Papa— confió a los apóstoles, y por medio de ellos a sus sucesores, la verdad que trajo del cielo; envió a los apóstoles, como su Padre le envió a El para que enseñasen a todas las naciones todas las cosas que ellos habían oído al Señor (Jn. 20, 21; Mt. 28, 19s).

Así pues los apóstoles, por derecho divino, han sido constituidos doctores, o sea, **maestros de la Iglesia**. Fuera de los legítimos sucesores de los apóstoles, es decir, del Romano Pontífice para la Iglesia universal, y de los Obispos para los fieles encomendados a su cuidado, no hay otros maestros por derecho divino en la Iglesia de Cristo; si bien ellos, y particularmente el Vicario de Cristo en la tierra, pueden llamar a otros cooperadores y consejeros en el ejercicio del magisterio y delegarles la facultad de enseñar...

Los que de esta manera son llamados a enseñar no ejercen en la Iglesia la enseñanza en nombre propio ni por su ciencia teológica (pues ésta no legítima la función docente), sino en fuerza de la misión que han recibido del legítimo magisterio; y su potestad queda siempre sometida a éste, sin que jamás llegue a ser de derecho propio, o sea independiente de toda autoridad.

Los Obispos, al conferir tal facultad, no se privan nunca del derecho de enseñar, ni se eximen de la gravísima obligación de proveer y velar por la integridad y seguridad de la doctrina, expuesta por aquellos a quienes tomaron por auxiliares.

El legítimo magisterio de la Iglesia no injuria ni agravia a ninguno de aquellos a quienes ha dado la misión canónica, cuando desea saber y asegurarse qué es lo que ellos enseñan y defienden en sus explicaciones orales, en los libros, hojas y revistas reservadas a sus

oyentes, o en los libros u otros escritos que publican.

La misma Santa Sede, si alguna vez inquiera y desea saber lo que se enseña en algunos seminarios, colegios, ateneos o universidades en materias de su competencia, no lo hace sino impelida por la conciencia que tiene del mandato recibido de Cristo y de la responsabilidad adquirida ante Dios de defender la sana doctrina y de conservarla incorrupta e íntegra”.

Consiguientemente “no ha habido nunca ni hay ni habrá jamás en la Iglesia un magisterio legítimo de laicos que haya sido sustraído por Dios a la autoridad y vigilancia del magisterio sagrado; más aún, el mero hecho de rechazar esta sumisión es ya un argumento convincente y un criterio seguro de que no guía el Espíritu de Dios y de Cristo a los seglares que así hablan y obran”.

He aquí el remedio eficaz, no nuevo ciertamente sino conocido y empleado en la Iglesia desde sus comienzos, consignado en el derecho canónico (cns. 1322 ss.), nuevamente inculcado por S. S. Pío XII en atención a los inconscientes y olvidadizos. La receta podría parecer desagradable; pero no lo será realmente para los verdaderos cristianos, si tienen en cuenta que es la impuestat por el divino Médico y Fundador de la Iglesia.

### III

Acabamos de asentar que el remedio está en la obediencia, y conviene sub-

rayar, para evitar reacciones malhumoradas y torcidas, que el remedio no está en la inacción. El caminante que distraídamente se desvió, no remedia nada con decir: no vuelvo a dar un paso más; lo que hará, si es prudente es orientarse acertadamente y caminar. El Papa, al dar su voz de alarma y señalar el peligro, trata de orientar, no de paralizar. Al contrario, aprovecha esta misma ocasión para alentar y recomendar una vez más a todos, y concretamente a los seglares, el estudio y la enseñanza religiosa.

“Librenos Dios —exclama— de que al hacer esta advertencia apartemos del estudio más profundo de la doctrina sagrada o de su difusión entre el pueblo a cuantos, de cualquier orden o condición que sean, se sientan a ello animados”. “Es manifiesto que los legítimos maestros pueden llamar y admitir también a los laicos de uno y otro sexo a colaborar en defensa de la fe. Basta recordar la enseñanza del catecismo, en la que toman parte tantos miles de hombres y mujeres, y otras diversas formas del apostolado seglar. Todo ello es digno de sumo encomio, y puede y debe promoverse con todo empeño. Pero es menester que todos esos laicos estén y se mantengan sometidos a la autoridad, guía y vigilancia de quienes por institución divina han sido establecidos como maestros en la Iglesia de Cristo”.

Dirección e impulso; he ahí los dos grandes factores de todo verdadero progreso.

## V. CANTERA, S. J.

